

de los cuales una mujer que valía bien por dos hombres, y con los que no habría sido bueno de ir á tropezar.

Delante, como un sabueso de caza que olfatea el viento, iba el intendente Méjico; su cadera izquierda era golpeada por una espada que estaba muy sorprendida de hallarse allí. El español guardaba aún en el corazón su reciente derrota, y se prometía repararla. Por eso examinaba á todos los transeuntes con tanta atención, que rayaba en impertinencia, en la esperanza de ver por fin al buen hombre Lanlire y á la señorita de Flamberge. Constancia venía detrás, rodeada del señor de Gherlor, de su mujer y del Sr. de Brionne, lo cual la ponía en completa seguridad. Por un lado, en la acera opuesta, Justina iba de «flanqueadora», y por detrás, á corta distancia, el Tolosano y el de Cevennes marchaban fraternalmente del brazo. Esos buenos camaradas habían entablado entre ellos una animada conversación y no parecían fijar más que una mediana atención á las personas que les precedían. En realidad, cada uno de ellos tenía los ojos fijos, no solamente en los últimos, sino de preferencia sobre Méjico, el cual siendo ahora su teniente, tenía que hacerles una señal á la menor alerta.

En esta forma, es como el cortejo llegó á la puerta principal que daba entrada al recinto de la feria.

El primer cuidado de Constancia fué el de buscar con los ojos á la baronesa de Espineuil. No tardó en divisarla hablando con dos charlatanes vendedores de drogas; éstos experimentaban una dificultad conside-

rable para hacer el artículo porque no eran del oficio, pues se ejercitaban en él por orden de Pietri, que era quien les pagaba desde hacía unas horas.

Evidentemente, Regina aguardaba á la condesa, pues se precipitó á su encuentro y la abrazó con efusión. ¿Era una nueva edición del beso de Judás?

— ¿Dónde está ella? le preguntó en voz baja la señora de Lespare.

— No sé, replicó la baronesa en el mismo tono, pero no tardará en venir. Aún no son las cinco.

— ¿De quién hablan ustedes? preguntó el señor de Gherlor.

— ¡Chitón!.. señor curioso, lo sabrá usted dentro de un momento.

El marqués se acordó de las palabras pronunciadas en el salón de Constancia algunas horas antes, y pensó que esa loca de baronesa había inquietado á la condesa. Tenía demasiado trato para demostrarla su descontento; sin embargo, no por eso estaba menos furioso viendo á esa alocada intrigar de esa manera.

— Usted no tiene más que ir por el lado izquierdo de las barracas, dijo Regina de pronto, indicando el camino con el dedo. Yo tengo que dejar á usted, mi querida condesa: la señora de Saint-Aignán no se encuentra bien, y...

— ¿Está enferma la señora de Saint-Aignán?.. ¿y desde cuándo? preguntó la marquesa desconfiada. El señor de Courten, que ha estado á presentarla sus respetos ayer, ¿no nos decía que la había encontrado en perfecto estado de salud?

— En efecto, confirmó el vizconde.

Otra que la señora de Espineuil se habría cortado ante tan enérgica interrupción; ella, en cambio, sabía mentir con una audacia increíble. No perdió nada de su maravilloso aplomo y no dejó á su rostro el tiempo de tomar una expresión que hubiera revelado su turbación.

— Ciertamente, se apresuró á responder, mi sorpresa no ha sido menor que la de usted al saber que deseaba mi presencia lo más pronto posible. La Sra. de Saint-Aignán, no lo ignoro, es una mujer capaz de preocuparse más de lo debido de un mal insignificante. Sin embargo, me guardaría rencor por no ir á su llamamiento, y si yo no la hubiera esperado, mi querida condesa, ya estaría á su lado.

Aunque muy contrariada de ese contratiempo, Constancia no quiso dejarlo ver.

— Váyase usted pronto, dijo, y diga usted á esa querida marquesa que, rompiendo con mis costumbres de claustración, iré á verla mañana y la contaré el placer de que espero gustar dentro de un instante... ¡ Ah! mucho habría deseado que usted hubiera asistido...

La baronesa hizo un saludo general y se marchó.

Los ojos del tímido Boca Chiquita y los de Pervencha, sea casualidad, sea desconfianza, habiendo seguido su carrera ligera y repentina por entre los grupos de los compradores y de los curiosos, llamó vivamente la atención de los dos el verla reunirse con un caballero vestido de seda que les volvía la espalda y que se

hallaba á poca distancia, en lugar de ir á una de las puertas que daba á la ciudad. Pervencha pensó:

— El caballero de Torino podría tener ese aspecto... pero, ¿ en qué estoy soñando?... ¡ Una amiga de la señora condesa!

En cambio, el bueno de Jerónimo encontró la cosa mucho más singular y murmuró al oído de su *alter ego*:

— ¡ Oh! ¡ oh! ¿ cómo es que al separarse de su mejor amiga, se vaya á dar palique al *signor*?

— ¡ Vaya una pécora!.. mi amigo, sopló el gascón con desdén: la mujer de un volátil y de un engañador... ¡ Debemos tener la vista sobre esa étorra!

— ¡ Eh! hay excepciones angélicas, mi noble amigo, pero en cuanto á esa, te lo concedo... No nos dejemos distraer ni por los ojos ni por el oído.

Por su parte, y aunque no notó el cambio de dirección operado por la condesa, Santiago de Courten sentía no haber confiado lo que sabía. Pero era ya muy tarde para hablar de ello. Por un fluido extraño, su desconfianza se comunicó al marqués de Gherlor quien, como era tan franco, no pudo menos de decir:

— Esa personita ha debido contarla alguna patraña, condesa.

— Con tal que no sea un lazo, arriesgó en voz baja el vizconde.

La señora de Lespare protestó:

— ¡ Oh! señores, estoy segura de su amistad... Lo que me ha dicho no puede ser más que la verdad. Van ustedes á tener la prueba.

Constancia escudriñó con la mirada entre la much-

dumbre; examinaba todas las caras y no veía más que desconocidos, personas indiferentes, jóvenes ó viejos que, asombrados de su altiva belleza, la seguían con los ojos. Bajo el imperio de una ansiedad bien natural, sus mejillas, algo pálidas de ordinario, se coloreaban, y su deseo de llegar al fin era tan grande, que ella arrastraba casi al señor de Gherlor en su compañía. Si él la hubiera soltado el brazo, se habría precipitado hacia adelante para correr hasta el sitio que la habían indicado, hacia la barraca de los Eperonniers de San Claudio.

Asustada de verla tan excitada, la marquesa Honorina la envolvió en una mirada magnética:

— Condesa, dijo, cálmate y acuérdate que has prometido ser prudente.

— Tienes razón, aprobó la señora de Lespare, recobrando á la fuerza su sangre fría. Tú ves, Honorina, sin tu amistad que modera el ardor de mis nervios cuando él no está aquí, siempre me dejaría llevar.

Continuaban avanzando, cuando de pronto Méjico levantó su sombrero en el aire y se volvió. Acababa de percibir al duque de Torino y á su confidente que, en el ángulo de una barraca, se ponían de acuerdo en voz baja, y miraban á hurtadillas al grupo que se acercaba.

No tenía nada de particular el que Méjico conociese al duque de Torino, quien, como amigo particular del rey, había llegado á ser en poco tiempo una fisonomía muy parisiense; pero su gesto le había sido impasto sobre todo por la brillante expresión de los ojos del

duque, quien, al ver á Constanca, un nuevo ímpetu de su manía amorosa se había apoderado de él.

Al signo de su discípulo, los mñestros de armas se acercaron á Constanca, como lo hubieran hecho dos curiosos. Ellos también vieron á los italianos, pero en el momento en que se volvían para alejarse.

Es de creer que el sitio en donde nuestros amigos se detuvieron fué elegido como sitio de reunión por la nueva banda contratada por Pietri, porque al volverse, los italianos fueron seguidos por dos mocetones de aspecto dudoso, especie de bandidos que salieron de un rincón de cerca de la barraca de curtidores.

— ¡Demonio! pensó el gascón: ¿la señorita no ha matado á toda esa chusma? ¿Reconoces á esos, chiquillo?

— Sí, respondió Chaminade: debían estar entre el número de los que hemos zurrado bien en casa de Crevepance.

Y para tratar de despistarles hizo seña á Méjico, que servía de guía, de cambiar de ruta. En lugar de seguir el camino que conducía directamente hacia los *Pajareros* y las dos academias, el amante de Simoneta, obedeciendo, continuó por una alameda transversal. Esta manera de obrar habría sido muy hábil si las circunstancias no se hubieran puesto en su contra. Detenidos en medio del camino que podían ver á lo largo y por el cual era fácil seguir la marcha del grupo, Pietri Pertuso y sus acólitos empezaron á desconcertarse al verles tomar la dirección opuesta á la en que habían tendido el lazo. Más adelante veremos de qué

terrible naturaleza era éste, y como el sitio había sido bien elegido. Podía desbaratarse completamente, por el solo hecho de que la condesa no iba hasta el final de la feria, en donde tomó otra dirección diferente á la indicada por la baronesa de Espineuil. Por eso precisamente hubo un gran desorden en la nueva banda contratada, y algunos iban á dejar su puesto para lanzarse sobre la nueva pista, si Pietri, menos asustado, no les hubiera obligado á permanecer en donde estaban, cerca de la puerta que daba al Prado de los Clérigos.

La ansiedad de los miserables era terrible. El plan tan laboriosamente preparado con la cooperación de su amo y la de la baronesa Regina iba á abortar por sí mismo, cuando, á pesar suyo, Constanca se hizo su auxiliar.

Impaciente de llegar al fin que se proponía, ella no comprendió — no podía adivinarlo — porqué su intendente se separaba de la línea recta para tomar por vías más estrechas en donde la afluencia de gente retrasaba la marcha.

— ¿Pero adónde va? exclamó parándose. Justina, llámele usted, se lo ruego: ¿no es por ahí!

El marqués de Gherlor, no pudiendo comprender tampoco la razón que hacía obrar á Méjico, no podía dar su opinión. Hubo un momento de parada durante el cual los maestros de armas se acercaron, mientras que Justina, obedeciendo á la condesa, corría para decir á Méjico que retrocediese. Quizás Constanca, sin esperar, iba á llevar á su acompañante por la

primera dirección, si no se hubiera oído el grito de: « ¡Ladrón! » y el gentío, guiado y como dirigido por dos compañeros de Pietri, corrió en busca de un tercer comediante del drama imaginado por Regina de Espineuil.

— ¡Por Dios! clamó Chaminade, cortando con intención el camino á la condesa, ¡continúe usted, continúe!

El marqués de Gherlor comprendiendo que el amigo de Jarnac no podía mostrarse tan decidido sin un grave motivo, arrastró á Constanca hacia la galería seguida por el intendente, mientras que en la ruta principal unos energúmenos, obedeciendo á una orden, sembraban el pánico entre los inofensivos paseantes.

Quando un peligro se cierne sobre la cabeza de ciertas personas impresionables y nerviosas, es raro que éstas no tengan un presentimiento secreto, por pequeño que sea. La señora de Gherlor no tenía solamente la intuición, estaba segura. Tenía la certeza de que la condesa se había lanzado en una imprudente aventura, fiada en la palabra de una mujer que quizás tenía interés en perjudicarla. Pervencha y Santiago de Courten pensaban como ella.

Sin ponerse de acuerdo, sin manifestar nada de su observación, los tres habían observado que el grito perturbador fué lanzado por unos cómplices de Pietri, por un breve signo hecho por ese gentilhomme y con el cual la baronesa había hablado.

Enlazando los efectos de esas causas, la marquesa

y el vizconde no dudaron ya de que ese paseo fué inspirado á Constancia con la intención de perjudicarla; la enérgica intervención de Chaminade, que tuvo que violentar á su timidez ordinaria para hablar en ese tono, les llenó de admiración.

En la galería principal por donde nuestros personajes se alejaban, el tumulto parecía aumentar.

— Bien examinado, dijo el joven señor de Brionne, que daba el brazo á la marquesa y cuyo asombro era grande al comprobar la ansiedad de sus compañeros, si es á la señorita de Flamberge que vamos á ver, ¿por qué tomar el camino de los colegiales?

— Porque ese es el que han podido pensar que tomaríamos, respondió la marquesa.

— Además, interrumpió el vizconde, que acababa de mirar hacia atrás y cuya frente se nubló: ¡jamás alguna palabra fué tan mentirosa como la de la señora de Espineuil! puedo asegurarlo.

— ¡Cómo! preguntó Constancia con voz entrecortada: ¿usted cree?

— ¡Creo, condesa, que han tratado de hacerla caer en un lazo!

— ¡En pleno día!.. protestó de Brionne, ¡en París mismo!..

— No lo dude usted, entre la apacible gente que corre y se agita detrás de nosotros, en busca del ladrón problemático, ¡hay un décimo bandido!

— Pero, ¿y mi hija?

— Contrariamente á la aserción de la baronesa, señora condesa, creo, juraría casi que la señorita de

Flamberge es la última en pensar que usted pueda venir á una cita que ella no ha dado.

— Y, añadió Chaminade en voz baja, el pastor de los Alpes, el viejo exhibidor de águilas, como no se ha mostrado hoy en su puesto, es pues que una desgracia le ha ocurrido.

— ¡Ah!.. dijo Constancia, llevándose las manos al corazón.

Tuvo que detenerse y apoyarse en la pared del pabellón ocupado por los armeros, arcabuceros y bruñidores. Y mientras todos se apresuraban en torno de la señora de Lespare, nadie vió la mirada fulgurante que le lanzó un viejo martelador encorvado y hundido por el trabajo y la edad.

— ¡Constancia! murmuró: ¿Constancia aquí? ¿por qué medio han podido hacerla salir?

Y cuando, sostenida por Honorinú, la condesa se alejaba, iba á desaparecer de sus ojos, él oyó de pronto entre el gentío un clamor inmenso, terrible, que aumentaba:

— ¡Fuego!.. ¡fuego!...

V

EL HACHÓN VIVIENTE

Las construcciones del campo de la feria se componían de dos especies de mercados, de ciento treinta pies de largo cada uno, de ciento de ancho, formados de veintidós bóvedas y cubiertas de una inmensa armadura ó techo, notable por su altura, y que los conoedores de la época admiraban con razón por la audacia de la idea. Siete grandes puertas daban acceso día y noche á la gente que, según fantasía, elegía sus horas de paseo. Dos de esas puertas se hallaban en la calle de Tournon, dos en el Prado de los Clérigos, una conducía á San Sulpicio, y las dos últimas comunicaban, por el Este, con la puerta de Buci y la de San Germán, abierta en las murallas de la ciudad. La parte Oeste no tenía salida, pues estaba rodeada por los inmensos jardines y las tierras de cultivo de la abadía. Once calles cortándose en ángulo recto, se dividían en treinta y seis grupos ó abovedados, y todas las tiendas, llamadas palcos, barracas ó pabellones, formaban un total de más de ciento cincuenta.

Las seis arterias principales llevaban el nombre de Picardía, París, Normandía, Calderera y Singere, sin hablar del Campo Enlodado, vasto espacio comprendido en el recinto, pero al aire libre, en donde se establecía, en la dirección del mediodía, el mercado de caballos y ganado y en donde la señorita de Flamberge tuvo que luchar contra cinco hombres.

Aquí y allá, se habían preparado espacios vacíos y hecho pozos para remediar á los frecuentes accidentes de incendios, pues todas esas construcciones de madera y lona ofrecían un peligroso alimento. Los desórdenes á que la ausencia casi total de policía organizada daban lugar, no era el carácter menos particular de ese mercado público.

No acabaríamos si tuviéramos que dar la larga lista de los señores salteadores, bandidos y aventureros de toda clase que acudían en gran número al seno de esta brillante reunión entregada á industrias buenas ó malas, criticables ó no.

Sobre ese terreno, lleno de todo lo que podía atraer y satisfacer las pasiones, y en donde, sin excepción ninguna, tenían entrada todas las clases de la población parisiense, compuesta de tantos elementos heterogéneos, y á la cual se unía aún un enorme número de provincianos y extranjeros; en medio de esa aglomeración maravillosa de todo lo que esa época ofrecía de riquezas y miserias, gran receptáculo de grandes señores y bandidos, de colegiales y burgueses, de mujeres honradas y cortesanas, de ladrones y robados; dejamos juzgar á los lectores lo que podía cometer una

banda de matones ó pendencieros, bien dirigida y dispuesta á todo.

Después de esta descripción, y con las indicaciones dadas más arriba, será fácil darse cuenta del sitio en que Constanca y sus amigos se hallaban en el momento de ser arrojado el siniestro grito.

En efecto, el pabellón ocupado por los Eperonniers de San Claudio estaba situado precisamente enfrente del patio libre en que el hombre del pájaro había tenido la costumbre de exhibir su águila, el último del mercado, inmediatamente después de las dos academias de armas y juegos establecidos en construcciones de madera.

Para salir del recinto, cuando se estaba en él, era preciso ir, sea á la puerta que daba sobre el Prado de los Clérigos, sea á la que se hallaba en la calle de San Sulpicio.

Que una obstrucción cualquiera de coches ó de gente impidiese llegar á una de las dos puertas, y se encontraba el público acorralado en ese rincón, sin poder salir, á menos de dar largos rodeos.

Cuando Luis de Lespare, bajo el disfraz del buen hombre Lanlire, fué á instalarse, desde el día de su llegada, no pudo prever las consecuencias y fijó su elección á causa de la vecindad de la sala de juego y en la proximidad de los *Pajareros*.

Después del fiasco de la combinación de Pietri en el Campo Enlodado, Gonzalvo se había decidido, en colaboración con la baronesa, á tomar la alta dirección de las represalias, y, con su ciencia del mal, com-

prendió en seguida el partido que podía sacar de la aglomeración de construcciones en ese sitio tan desprovisto de salidas.

Ahora bien, desde que fué decidido que sería necesario por todos los medios posibles llevar á la feria á la señora de Lespare, era allí y no á otra parte adonde juzgó indispensable llevarla; se ve que lo había conseguido muy bien. No entraba en su pensamiento que la condesa sirviese de víctima en su infernal combinación, pero ella debía servir de incentivo y hacer surgir á sus defensores. De tal suerte que él podría dejar la plaza limpia, es decir, despejada en torno de ella, englobando en una hecatombe colosal á la señorita de Flamberge quien, según Regina, era Enriqueta de Lespare, y el pajarero Lanlire, que se parecía demasiado á Tortillard, del que estaba celoso y de quien quería vengarse.

La chusma de conocidos y amigos desaparecerían con ese motivo, y la condesa salvada por él y quedando sola en el mundo, se vería en la obligación de sufrir sus condiciones.

Era la hora en que la clase baja del pueblo, visitadora de la tarde, empezaba á salir del recinto para volver á su casa, y las dos puertas que acabamos de mencionar como eran las más estrechas, la muchedumbre se encontraba por esa razón más apiñada. Si en la una como en la otra se hubieran visto los rostros patibularios de las nuevas « hienas » de Pietri, el mayor número, después de haber producido el primer

desorden gritando al ladrón, se fué á los alrededores del Prado de los Clérigos, porque era de presumir que la condesa y los suyos tratarían de huir. Se ve, pues, que todas las disposiciones estaban tomadas y bien tomadas para que, no solamente la señorita de Flamberge y el padre Lanlire, llamados por los gritos de Constanca, sino también los Gherlor, los maestros de armas y los otros cayesen en el lazo más infernal que hubiesen imaginado los cerebros nefastos de los italianos y de la baronesa de Espineuil.

El duque de Torino había llamado en su ayuda al más terrible de los elementos: ¡el fuego!... ¿Qué le importaba el número de víctimas — de cientos, de miles acaso — que englobaría su venganza, con tal de que la señorita de Flamberge, el buen hombre Lanlire y los viejos maestros de armas pereciesen en esa ocasión? ¡Había llegado para él la hora de jugar una partida maestra contra Constanca, la altiva, la desdenosa amada!

Efectivamente, había motivo para sentir lo que él llamaba su imbécil longanimidad, porque por dos veces ya tuvo en su poder á la viuda del capitán de los mosqueteros; la primera vez, en el hotel de ella; la segunda, en su propio salón. ¡Y por una fatalidad incomprendible, siempre, siempre, ese maldito Tortillard había cortado su acción! Más aún, con el pretexto del sacrificio, ¿no favoreció la huída del alférez Enrique, que, problema insondable, no era otra persona que la hija de la que él amaba, hoy, la terrible profesora de armas: la señorita de Flamberge?

No se supo hasta mucho más tarde quién había propagado el incendio. Corrió el ruido de que estalló en la vivienda del comerciante de encajes de Inglaterra. Era verdad. Como era verdad que también empezó en el mostrador de fábricas de cajas y cartoneros. ¿Quién lo había puesto y por qué? Lo cierto es que era seguro que la malevolencia, por no decir el crimen, estaba por mucho en ese siniestro por el que París llevaría el luto.

He aquí los hechos exactos, y es imposible pensar sin temblar en esa catástrofe provocada y deseada por un solo hombre, cuya amistad por el rey pagó las primeras perfidias.

En cuanto el duque de Torino comprobó que Constanca de Lespare y sus compañeros, yendo á la cita fijada por Regina en nombre de la señorita de Flamberge, se introdujeron en la parte abovedada que conducía de la puerta de San Sulpicio á la más grande de las dos salidas que daban al Prado de los Clérigos, tuvo una risa diabólica, pues no dudó que seguirían hasta el fin las indicaciones dadas por la señora de Espineuil. Entonces se lanzó al encuentro de la baronesa y de Pietri, detenidos al extremo de la calle de Picardía.

Una vez reunidos, los tres cómplices se estrecharon la mano sin decir ni una palabra, como se hace en el momento de entrar en batalla, y de la cual se puede no volver.

Era el momento propicio para hacer estallar el siniestro. Una tumultuosa animación reinaba ya gracias

al robo supuesto y denunciado. Sin embargo, en lugar de dar la señal criminal, los miserables se consultaron con la mirada, poseídos de indecisión.

— ¿Faltará la señorita á la fiesta? preguntó Gonzalvo. Tú, que has reunido contra ella medios tan pobres, Pietri, ¿no podrías avisarla de que su madre está en peligro?

— ¡Qué salga del infierno, ó más bien de la sala al primer grito, usted verá surgir á la señorita de las pantorillas, monseñor!

— ¿La señorita de las pantorillas?

— Sí, así es como la llaman poco respetuosamente pero en voz baja, las grandes señoras de cierta edad, furiosas al ver que es la preferida de la corte... Pero espero que esa sin vergüenza no podrá enseñar largo tiempo sus tibias á la admiración de los jóvenes señores.

— ¡Diavolo!.. ¿se apodera de ti, Pietri, una crisis de puritanismo?

— No, *signor*... Pero parece que usted olvida lo que debe hacerse... Mi gente está en su puesto, no esperando más que la señal... ¿Por qué temporizar?

El duque tuvo un gesto fatal y dijo, haciendo una mueca:

— ¡Ve!.. ¡quiero ver sangre!..

Desde el sitio en que Pietri Pertuso se hallaba, hizo una señal. Una vez más, el oro inglés iba á ser el causante de un desastre francés, pues era el oro cobrado por Gonzalvo, el oro de la traición, que le hacía disponer de bandidos incendiarios.

Después de la señal dada por Pietri, pasaron algunos minutos en una angustiosa espera, pues los tres cómplices se estremecieron y la manita de la baronesa estrechó nerviosamente la del duque.

Un grito siniestro, vociferado por mil voces aterradas, acababa de resonar en diferentes direcciones á la vez:

— ¡Fuego!... ¡fuego!..

Fué un pánico terrible, un clamor atroz, llamamientos de mujeres y de niños alocados, gemidos, alaridos de amenazas.

El fuego, que estalló en dos sitios á la vez, se extendía con rapidez aterradora. Las llamas avanzaban progresivamente, lamiendo los muros, quemando las vallas, el maderamen, los techos de lonas embreadas y se comunicaban á las mercancías de los puestos.

Un torrente humano rodó, se agolpó á las puertas más próximas; pero, por una fatalidad excepcional, la más ancha, la del Prado de los Clérigos, se hallaba obstruída por un carro cargado pesadamente y que sin duda su propietario lo había abandonado allí para huir.

Los primeros que llegaron á este obstáculo tentaron en vano de empujarle. El caballo fué desenganchado; el carro, como si fuera una piedra de granito, no se movía. Los que iban detrás, no comprendiendo por qué se detenían, empujaron. Tal empuje tiró á los trabajadores bajo el eje y contra las ruedas. Bien pronto todo eso se convirtió en un muro viviente, aullante; cuerpos amontonados contra los cuales nuevos cuerpos fueron á estrellarse.

El mar humano cazado por la lluvia de brea inflamada que caía de los techos, corría sin cesar al asalto de esa roca viviente no retrocediendo más que un momento para volver con más furor.

Esa lucha fratricida, esa lucha sin nombre no tardó en tomar proporciones salvajes, pues el terror oscureciendo la inteligencia, la bestia se dió á conocer, viendo que los hombres que antes eran corteses y galantes, abusaban ahora de su fuerza para pasar por delante de las criaturas más débiles... Las mujeres fueron las primeras víctimas...

La bestia desencadenada pegaba... ¡ La sangre corrió! Las campanas de San Germán de los Prados, de San Sulpicio y las de todos los monasterios vecinos tocaron á rebato; los tambores de la feria tocaron á su vez, pero ningún socorro podía venir en favor de los desgraciados, porque algunos agitadores, infernales cómplices del siniestro, cortaban el paso á los bomberos y, atravesando por entre el gentío en incesantes remolinos, aumentaban el pánico inmenso.

Entre los gritos desgarradores que subían al cielo en tan gran número que se habría creído oír el ruido de una tempestad, se percibían principalmente los de las mujeres.

¡ Horrible espectáculo!... Las lágrimas rodaban por hermosos rostros; lindas manos blancas se extendían con gesto de súplica. Pero la ola pasaba, nivelando la superficie. ¡ Ya no había ni padres, ni hijos ó amantes!

Los hombres, terrorizados por el humo acre, obraban como fieras para huir de los ardores de ese horno.

Los nobles hacían uso de sus armas cobardemente, los burgueses se servían brutalmente de sus músculos y cada cual pensaba solamente en su propia seguridad, nadie se preocupaba en socorrer á los niños, á los ancianos, á las mujeres. Por el contrario, el egoísmo feroz que duerme en el fondo de cada uno recobraba su imperio: las pruebas que se pudieron hacer en esa circunstancia trágica fueron lamentables para el honor de la humanidad.

Los ojos inyectados en sangre, los labios llenos de baba, los galanes de corte ó de tienda que sabían tan bien pavonearse en medio de los salones ó detrás de montones de mercancías, luchaban para abrirse paso, dejando caer los puños sobre aquellas á quienes antes juraban consagrarles su vida... Unos cogían á las desgraciadas por los cabellos para tirarlas hacia atrás; otros las pegaban como salvajes y aún otros ahogaban los cuerpos más débiles, dichosos de sobrevivir á las que con su abrazo habían cortado la respiración. Desgraciadas de aquellas que el calor sofocante las arrojaba jadeantes bajo los pies. ¿ Respetar el mar al que no sabe nadar?

En su apresuramiento por salir, talones rojos pisoteaban con cínica crueldad esas manos delicadas hechas para acariciar, esos rostros cuyos besos debían estar ávidos, esos pechos, maravillosa obra del creador, en los que yace la vida de las criaturas.

¡ Escenas salvajes!.. ¡ Escenas horribles!.. ¿ No era necesario matar para vivir?..

La puerta de San Sulpicio estaba obstruída así como

la del Prado de los Clérigos, y por eso no había sido necesario ningún obstáculo. Un adoquín fuera de su sitio bastó para hacer caer al primero que se presentó; las demás personas se habían echado encima, no dejándole ni tiempo para levantarse de nuevo.

En toda la parte comprendida entre las dos fatales salidas, á través de las cuales se irguió la Muerte, centenares de seres se revolvían.

La locura se apoderó de los cerebros: gentiles-hombres trataban de abrirse paso con la espada en la mano; carniceros se armaron con sus cuchillos, herreros blandieron sus martillos; unos hacían fuego con sus pistolas, otros amenazaban con el hacha levantada; todas las armas eran buenas para esos insensatos; su aberración era tal, que el sitio á que se dirigían en busca de salvación, era precisamente el que era imposible.

¿Insensatos?.. ¡No, todos no!.. Porque entre ellos, una docena por lo menos sabía lo que hacía... Esos empujaban hacia el ángulo maldito al rebaño consternado, el cual tenía delante de sí un muro de piedra infranqueable y, detrás, una hilera de espadas y un cordón de fuego.

Y Gonzalvo, hecho una fiera porque el humo le ocultaba la vista de los que él esperaba la caída, para apoderarse de la condesa, se arrojaba desconcertado, con la espada roja de sangre, arrastrando en pos de él á la baronesa, á su confidente y á los bandidos rabiosos.

Éstos se llamaban: el primero, Cinabrio el Cruel,

especie de gigante desertor de las compañías francas; el segundo, Vachalcar, asquerosa bola de sebo, caricatura mala y sensual, y que sus proezas particulares le habían merecido el título de « El Terror de las Bellas »; el tercero, en fin, era un joven de veinte años, bastante guapo, sin entrañas, que conquistó más tarde una gran celebridad y fué molido á palos en la plaza de Greve bajo el nombre de Mandrin.

— Es sorprendente que esa Flamberge no se haya mostrado aún, pensó el duque. ¿Se me escaparán mis víctimas? ¿No obtendré el beneficio de tanto dinero gastado, de tantos peligros corridos?...

Y en medio de su rabia de encontrar, en el torrente humano, á la pequeña banda que se le escapaba, gritaba, gesticulando de una manera trágica:

— ¡Empujad! ¡Demonio! ¡empujad sin descanso!

Estaba tan embebido en su obra, que no veía que el incendio ganaba terreno detrás de él, amenazándole con cortar el paso cuando pensase en la retirada.

Corriendo detrás de él, fascinada por el terrible espectáculo, los cabellos sueltos, las manos crispadas, los ojos fuera de las órbitas, el vestido de primavera desgarrado, chamuscado en muchos sitios, Regina de Espineuil acababa de ser atacada de demencia, castigo demasiado blando para un crimen. Y los desgraciados que eran víctimas de su cobardía, experimentaban cierta piedad de ver agitarse á esa infernal Euménida.

Menos herida que Judas, del que había imitado la inmundia perfidia, menos por interés que por celos, la baronesita se detuvo, sus pies estaban como clavados

al suelo. Un instante antes, habría podido huir. Ahora era demasiado tarde. Sus ojos permanecían obstinadamente fijos sobre Gonzalvo. Habría querido llamarle, pero de su garganta contractada no salían, por desgracia, más que sonidos inarticulados, ahogados por el tumulto.

La violenta claridad del fuego acababa de producir en ella un efecto tan extraño como inesperado. Diríase que su sistema nervioso se había helado, y, como la mujer de Loth cuando miraba arder Sodoma, no podía dar un paso, estaba en estado cataléptico.

El incendio progresaba. Ella no podía sustraerse... Lenguas de fuego lamieron su ligero vestido, cuya seda crepitó, se hinchó como una úlcera, crujió, se hizo pedazos. Las llamas atacaron sus enaguas, subieron tortuosas y solapadas hasta su larga y rubia cabellera esparcida por los hombros. Al principio, no las sintió. Fué el olor sofocante de cuerno quemado esparcido por el cabello ardiendo que la sacó de su estupor... ¡Terrible despertar!... Entonces un ronquido gutural que no tenía ya nada de humano subió á sus labios, abotargados y agrietados, llamamiento tan siniestro y poderoso á la vez, que dominó todos los gritos de dolor, todos los alaridos de la plaga desencadenada, todos los crujidos y los ruidos de esa mezcolanza dantesca.

Gonzalvo se volvió, y la vió que ardía; su mirada dejó brotar un relámpago en que se leía una expresión de alegría feroz.

Era un testigo molesto que iba á desaparecer... un

cómplice demasiado al corriente de sus ignominias y que el Gran Purificador iba á aniquilar para siempre, ese peligroso testimonio al par que temible.

Pero la dolorosa vuelta á la razón de Regina tuvo un resultado que debió prever.

Desnudada por ese gusto de goces que precede al Infierno, la baronesita, convertida en llamas, saltó hacia el que la había perdido, y se abrazó á su cuello con los dos brazos descarnados cuya blanca carne enrojecida se abría como una llaga tostada.

Su cuerpo, su bello cuerpo palpitante de sufrimiento no era ya más que una llaga asquerosa, pero su pasión era más fuerte que su locura, y el fuego de su viciosa carne más ardiente que el que la quemaba por todas partes.

Pietri, Cinabrio, Vachalcar y Mandrin retrocedieron instintivamente, con un movimiento tanto de repugnancia como de temor.

El duque de Torino, en cambio, no era accesible á esa clase de sentimientos, y la ocasión era demasiado buena. Seguro de no ser reconocido ni señalado más tarde por los que iban á asistir á una acción monstruosa, pues el humo le hacía desconocido al ennegrecer su rostro, cogió á la baronesa por la cintura, se desenvolvió brutalmente de su abrazo de atormentada y, levantándola como una pluma, la arrojó sobre un montón aun intacto de ovillos de algodón, gritando con voz satánica:

— ¡He aquí el hachón que necesitábamos! ¡Ahora apartaos!...

El gigante Cinabrio era de una ferocidad proverbial, el enamorado Vachalcar no contaba ya sus crímenes, el futuro capitán Mandrin debía conocer bien acciones bárbaras; sin embargo, los tres permanecieron horrorizados de majestuosa estupefacción por ese gesto de audacia que el mismo Satán hubiera dudado cometer.

Los restos de vestido inflamados que quedaban á Regina de Espineuil se comunicaron al algodón y á los que huían, convirtiéndose todo en un brasero.

¡ La atmósfera se corrompió !... ¡ Todo ardió !... El gesto Neroniano de Gonzalvo llevaba el horror á su apogeo. Algunas formas, teas vivientes, como las cristianas con que el emperador romano hacía alumbrar sus fiestas, se arrojaban en medio de las llamas para abreviar su indescriptible tortura, otros se tiraban de cabeza á los pozos de socorro, en los que nadie pensó en emplear para combatir el siniestro.

Y Gonzalvo de Torino, en esa apoteosis horrible, deslumbrado, fascinado, experimentaba el violento gozo, ya gustado por su predecesor, contemplando el incendio de Roma, y olvidaba su idea principal: salvar á la condesa de Lespare, objeto de su culpable amor.

VI

EN DONDE MANDRIN FORMA Y PIERDE SU PRIMERA BANDA

Localizado el incendio primeramente en ese rincón de la feria cuyo centro lo formaba la academia de armas de la señorita de Flamberge, y que ofrecía ahora la imagen del infierno, se había extendido de puesto en puesto, de pabellón en pabellón hasta el interior del recinto.

Por fortuna, gran número de personas pudo huir por las otras puertas, pero los vendedores no tuvieron tiempo de retirar las mercancías de más valor, y lo que tenían lo perdieron para siempre.

Del espacio ocupado por los carpinteros, una columna de llamas subía hasta el cielo; los puestos de vendedores de sedas, de encajes, de mercería, de plumas para sombreros, de juguetes, etc., ofrecían al fuego fácil alimento, y dominando todo lo demás, el pabellón de fabricantes de cirios y el de cesteros, parecía el ramillete de un inmenso fuego artificial de donde brotaban haces de chispas.

Empujada por un viento sur, una espesa tromba de escorias subía del campo de la feria para caer sobre París, sembrando el terror por todas partes.

De todos los barrios enviaban socorros, pero los salvadores voluntarios se veían en la necesidad de detenerse al pie del muro y de asistir tristes y taciturnos á la destrucción. Los que confiaron en poder combatir el incendio renunciaron bien pronto.

Hay plagas contra las cuales el hombre es demasiado pequeño para luchar, y París, que había visto pestes, hambre, degüellos é inundaciones, no asistió jamás á catástrofe tan horrorosa. Además, la ciencia humana, aún en su infancia en esa época, no había tenido todavía los medios necesarios para forjar armas poderosas para luchar con algún éxito contra un siniestro de tal importancia.

Si algunos intrépidos conseguían resistir unos instantes esa atmósfera de horno, su audacia resultaba infructuosa y, so pena de ser víctimas de su inútil sacrificio, tenían que alejarse, porque el calor que les rodeaba era tan grande que, á veinte metros del incendio, la garganta se secaba, el aire almacenado por los pulmones se hacía de una sequedad mortal, y, á diez metros, los vestidos entraban en combustión inmediata.

Los brazos cruzados, inmóvil, grande como el genio del mal que hubiera alumbrado un volcán, Gonzalvo de Torino, hipnotizado por ese cuadro, permanecía con los ojos fijos en el montón de ruinas. Parecía escudriñar para descubrir allí, entre los cuerpos enlazados,

encogidos y retorcidos, los de los dos viejos maestros de armas y los de los otros compañeros de la condesa.

Pietri Pertuso, el eterno temblador, tuvo que hacerse gran violencia para resistir tan largo tiempo al temor que le había invadido. Estimando que prolongar ese éxtasis sin utilidad sería jugar un juego peligroso, se atrevió á tocar el hombro de su amo y lo dijo con voz trémula :

— Partamos, *signor* : dentro de algunos minutos ya no tendríamos el medio de salir.

Verdaderamente, Mandrin y él tenían náuseas provocadas por el olor insoportable que despedía el hogar atascado de grasa humana. Sentían sobre toda la epidermis un dolor agudo parecido al que produce el roce de « la ortiga del diablo. »

Á la distancia en que se hallaban, el radio del calor hinchaba la piel, hacía llorar, y echaban miradas hacia atrás, temiendo ver que se cerrase el solo espacio que quedaba un poco libre para salir afuera, es decir, la calle de Calderera, la vía la más ancha.

En cambio, contemplando su obra, la cara de Cinabrio se llenaba de una alegría salvaje. Era él quien, al mismo tiempo que Vachalcar, había empezado á pegar el fuego y, como era de los seres que se deleitan á la vista del mal, estaba orgulloso del resultado obtenido, y tanto más orgulloso cuanto que esa acción criminal y de la cual no tendría que responder — pues la policía tuvo cuidado, desde el primer momento, de pensar en su propia seguridad — quedaría en su recuerdo como la más asombrosa.

Todos los crímenes anteriores de ese desertor bandido, sus robos, sus ataques á mano armada, sus asesinatos, todo su pasado de canalla no valía ya nada; en un cuarto de hora acababa de hacer él solo más víctimas que un ejército en la batalla, y esta prueba le llenaba de legítimo orgullo.

— Partid si queréis, tronó burlescamente, con las dos manos sobre el puño de la espada en cuya hoja se veía sangre coagulada; yo no tengo el corazón de un pajarito, yo me encuentro con agallas para continuar; Vachalcar me tendrá compañía. Está tan lleno de tocino, el granuja, que podría derretirse durante todo un año sin encontrarse molesto.

— ¡Pardiez!.. aprobó el « Terror de las Bellas », cuando se ha hecho algo, lo principal es no dejar testigos detrás de sí. Ahora bien, se ha visto volver gente de más lejos, y no tendría nada de particular que Cinabrio y yo tuviéramos que acabar con algunos muertos tenaces.

Gonzalvo habría querido permanecer y hasta avanzar, atormentado con la idea de no volver á ver á Constanca; pero la posición se hacía intolerable, y Pietri consiguió convencerle. Entonces tiró su bolsillo á los tres bandidos, que tenían que quedarse allí á velar — pues el joven Mandrin no se habría atrevido á mostrarse más pusilánime que los otros dos — y se retiró con su sofocado confidente.

Cuando estuvieron fuera del recinto de la feria, antes de llegar al cordón de curiosos y de gente llorosa que, de lejos, contemplaban el siniestro, el duque de Torino se volvió:

— ¡Familia maldita!... murmuró á media voz: duermes en la eternidad, estamos en paz... Tú, mi pobre y bella Constanca, de quien quería hacer mi compañera y cuyo desdén no ha cesado de abofetearme, con tus bienes, que obtendré del rey, ¡guardaré el mayor largo tiempo posible tu recuerdo!... Además, ¿por qué amabas á Tortillard, desgraciada, á Tortillard, ese desecho de la naturaleza que yo odiaba? Amantes desvergonzados, ¡yo he acercado vuestros corazones y consagrado vuestra unión!... Para tus segundas nupcias yo he encendido esos fuegos artificiales en los que, tú y los tuyos, vinisteis á quemaros! ¡Adiós!... El duque de Toranzani, mi padre, debe de estremecerse de alegría en su tumba... ¡Está bien vengado!...

El pueblo, creyendo que ninguna persona viva quedaba en la feria, tributó una ovación á los que salían tan felizmente. Al ver hablar á Gonzalvo, muchos pensaron que daba gracias al cielo, y poco faltó para que les llevaran en triunfo. Á su maldición se unieron las oraciones de diez mil personas que le habrían precipitado en el incendio si les hubieran dicho que él solo, para satisfacer sus pasiones y sus odios, acababa de poner de luto á París. Y ese gentío que debió descuartizarle é inventar en su honor los más terribles suplicios, retrocedió respetuosamente para abrirle camino. Él atravesó despreciativo y altivo, y, á pie, volvió á casa de Trompette, su vivienda, para lavarse, mudarse y esperar la confirmación oficial de lo que

no hacía más que esperar, puesto que no había visto los cuerpos de sus enemigos.

Si Mandrin quiso permanecer con Cinabrio y Vachalcar, no era únicamente en interés de Gonzalvo, ni para afrontar el peligro como sus compañeros confesaron que querían hacerlo. El carácter independiente é incentivo del joven empezaba á dibujarse. ¡Era su primer asunto y no sería el último! Estaba destinado á hacer hablar de él.

Las lecturas de Mandrin, sus dudosas amistades en la taberna de Crevepance, le enseñaron que no hay motines, revoluciones ó catástrofes sin que el pillaje no se produzca. La turba está siempre en esos sitios para recoger los restos, para enriquecerse con la desgracia común, y hasta los campos de batalla tienen sus ladrones de cadáveres y sus buitres.

Más joven y menos fuerte que sus dos compañeros, les era superior en inteligencia, y ya había calculado que, guiados por él, los dos representantes de la turba, de la hez del pueblo, podrían hacer maravillosas proezas.

Teniendo ojos para todo, en medio del desastre general, había notado que dos ó tres únicamente de los pabellones habían resistido y quedaban en pie. Ahora bien, uno de ellos era en donde se hallaba el *Cambio para el Rey*. Es inútil insistir sobre la significación que esas palabras podían tener en la imaginación del futuro jefe de banda.

El bolsillo de Gonzalvo, que había tenido la destreza de coger al vuelo, pesaba ya en el suyo, pero eso no

le bastaba. Había ahí, al alcance de la mano, algo que tomar: oro, plata y recibos que no habían tenido cuidado de llevarse. Volverían al día siguiente para registrar en los escombros, y Mandrin pensó que sería un tonto en dejar esa fortuna.

Poseído de esta idea, no sintiendo ya la opresión del calor, el joven bandido comunicó inmediatamente sus intenciones y les enseñó que, de todo tesoro, la mitad le pertenecía según la ley, y como ésta le llamaba el « inventor », él tomaría el mando de la expedición y no les dejaría á cada uno más que la cuarta parte de lo que se encontrase, correspondiéndole á él de derecho la parte del león. Ante tan exorbitante proposición, los otros tuvieron una risa homérica. En el acto vino á su imaginación la misma idea: ¡ser solo para aprovecharse de la buena suerte!... Y Cinabrio desenvainó su espadón oxidado, al mismo tiempo que el puñal de Vachalcar salía por sí solo fuera de la vaina.

Habían contado sin su huésped. Antes de que pudieran oponerse, Mandrin había sacado tranquilamente de los bolsillos dos pistolas y les amenazaba.

Los dos hombres y el niño cambiaron una mirada solapada, y las armas volvieron á recobrar su oscuro domicilio. Los viejos bandidos reconocían la superioridad del joven. La vista de los cañones de acero, prestos á dar la muerte, aumentaba su estima. Las condiciones del nuevo jefe fueron aceptadas.

Á una orden de Mandrin, los dos pasaron delante y echaron á andar sobre los maderos humeantes y los

cadáveres... ¿Qué les importaba?.. No era la hora de tener buenos sentimientos. Ellos solos quedaban con vida en ese recinto, en el cual nadie debía pensar en venir á turbarles antes de cierto tiempo.

Además del *Cambio para el Rey*, el pabellón contenía las tiendas de los *relojeros*, *joyeros* y *plateros*. Todo lo que allí había debía ser un buen botín. Las puertas estaban casi calcinadas. Las vitrinas abiertas, retorcidas por el calor, dejaban ver las joyas, las piedras preciosas y los lingotes formados por la fundición de metales de valor.

En su precipitación, los tres bandidos cogieron todo lo que se podía tomar desde fuera. Pero Mandrin les dijo:

— Las mejores cosas están dentro.

Y de un magistral puntapié, Cinabrio hundi6 la puerta y penetr6 en la tienda.

— ¡Es verdad, cuernos del infierno! dijo en el interior una voz que parecía responder á la observación de Mandrin.

Cinabrio trat6 de retroceder, pero dos hombres le cortaban el paso. Lanz6 un grito de rabia y desenvain6.

Vachalcar, mientras tanto, se había retrasado por querer coger un aderezo de diamantes en una vitrina. El gordo canalla no tenía más que una mano libre, pues su otro brazo había sido mordido por un moribundo con el que se había obstinado para cerrar todo camino á la vida. Pero con esa misma mano válida se sirvió para prender fuego, por lo tanto no debía ser empleada para cometer un latrocinio. La pos6 sobre

el objeto codiciado, y se crisp6: un puñal acababa de atravesarla, clavándola sobre la mesa.

El grito de dolor de Vachalcar respondi6 al grito de rabia de Cinabrio.

Este último cont6 el número de adversarios; eran cuatro: los dos maestros de armas del hotel de Lespare, Méjico el intendente, y Justina, la doncella de Enriqueta.

¿Cómo se encontraban allí? Pronto lo diremos.

— ¡Ah! ¡pillo! exclam6 el gasc6n: tú no podías caer en compañía más apreciable, querido, y has hecho mal en traer contigo á tu diavolo de amo.

— ¿En d6nde están los tuyos? rugió el Cruel, puesto al corriente por Pietri.

— Mi buen amigo, si tuvieras la dicha de poder vivir después de haber tragado á Petrusquina, que es indigesta, yo te invitaría á verles.

En el estrecho espacio, entre las vigas caídas, los dos adversarios se pusieron frente á frente y el choque de las armas empez6.

Los resplandores del incendio, descoloridos y terribles, les alumbraba de pies á cabeza. Se oía, muy cerca, el chisporroteo de las llamas y, un poco más lejos, subían los lamentos y el estertor de las víctimas.

Hubiera sido fácil á los que se hallaban allí, y hubieran estado en su derecho, de matar como á un perro rabioso á ese bandido, sin hacerle el honor de un combate singular. Acaso lo habrían hecho, si hubieran podido sospechar que esa mano á la que ellos permitían tener una espada, era la de un incendiario. ¿Estaba menos segura por eso?

— ¡Eh! ¡tiemblas, canalla!... dijo Jarnac, extendiendo el brazo.

Cinabrio fué dispensado de contestarle... Soltó el arma, cayó todo lo largo que era, y una ola de espuma roja brotó de sus labios. Un último espasmo le sacudió, haciendo deslizar de los bolsillos las alhajas robadas.

— ¡Vive Dios! el granuja es honrado, dijo el Tolosano retirando su espada de la herida. No quiere llevar al diablo el bien de otro.

Esa fué toda la oración fúnebre del Cruel.

La suerte de Vachalcar no había sido mejor... La mano continuaba clavada en la vitrina por el puñal de Chaminade que le odiaba particularmente por el apodo de « El Terror de las Bellas »; había recibido además un tizón inflamado en la cabeza y había caído aturdido por el choque. Habiéndose incendiado su casaca, rindió el alma á Dios retorciéndose como una víbora.

Así perecieron miserablemente los dos incendiarios de la feria, el día mismo de su entrada en funciones al servicio de Pietri Pertuso y en el preciso momento en que consintieron dejar ese servicio para formar la primera banda del capitán Mandrin.

— ¿Y el otro? preguntó Fileas Jarnac.

El otro era Mandrin. Ese no podía morir en la flor de la edad. Tenía otro destino. En cuanto se dió cuenta de la mala situación de sus cómplices, no había tenido la torpeza de obstinarse, y como, en suma, él constituía el individuo principal de la banda, había huído prudentemente, abandonando sus miembros á su triste suerte, salvando su cabeza.

VII

EL MAR HUMANO

Desde que el primer grito de: « ¡Fuego! » había sido lanzado, sembrando la confusión y el terror entre la multitud de visitantes y comerciantes que llenaban el recinto de la feria de San Germán, dos horas apenas habían pasado y, á pesar de ese corto espacio de tiempo, no quedaba ahora ya de ese célebre mercado más que montones de escombros ardiendo.

Doscientos seres humanos, momentos antes tan alegres, tan contentos de vivir, habían tenido la más terrible de las agonías y no presentaban ahora más que restos informes, horribles de ver.

Ya lo hemos dicho, por todas partes tocaban á rebato, y como la noche había llegado, el lúgubre y lastimero acento de las campanas se extendía por la población como un toque de agonía, produciendo la consternación en las dos riberas. (1)

(1) París está dividido por el Sena en dos partes llamadas « rives. » (N. del T.).

Fué preciso renunciar á organizar socorros : ¡ tan rápida había sido la propagación del siniestro y de tal manera parecía infranqueable ese muro de fuego detrás del cual no se encontrarían ya más que cuerpos sin vida !

¿ Merecía la pena de correr el riesgo de causar nuevas víctimas para no arrancar de ese horno más que cadáveres?... ¿ Para qué?... La misma policía lo impedía...

Se había hecho venir á los dragones de Conti y á todo un regimiento de guardias franceses. Por orden superior, esos valientes soldados formaban un cordón y, con las lágrimas en los ojos, cruzaban la bayoneta para impedir que se acercasen á las puertas.

¡ Ah ! la consigna les hacía sufrir, pero reconocían la prudencia de ella y luchaban inflexiblemente contra todos los alocados que querían ir á buscar hasta en el incendio á sus parientes ó amigos.

El amoroso heroísmo de Orfeo mismo no le habría hecho penetrar en aquel infierno para reconquistar á su Eurídice, y los cánticos que encantaron á las divinidades de las sombrías orillas, habrían sido impotentes en presencia de la severa consigna.

Niños venían á reclamar á sus madres, débiles ancianos y casi ciegos llamaban á su hija, único sostén de su vejez.

En el primer rango, entre un alto mocetón con librea y un lacayo de casa grande, había una linda y joven doncella, cuyos ojos, enrojecidos por las lágrimas, miraban la nube opaca y negra que caía sobre la ciudad.

En ese trío habríamos podido conocer á tres fieles servidores de los Lespare : Lancelot, el ayuda de cámara del conde, al señor Verda, el suizo, y á la señorita Simoneta, la doncella de confianza.

Al primer rumor del siniestro, los tres, pensando en que la fatalidad había hecho salir de casa á la condesa ese día, habían abandonado su trabajo para ir á San Germán. La barrera militar únicamente había detenido su impulso. Detrás de ellos, rodeando á Marión la vivandera, se hallaban los prebostes de los mosqueteros y dragones : León Martinet, Kergras, Finaud y Papus. Detrás, los señores de Rohán, de Chabillant, de Brancas y de Aubetterre, amigos personales del marqués de Gherlor, del vizconde de Courten y del señor de Brionne. Pero el dolor más ruidoso, un dolor que daba pena ver, era el de Yan Brau : el pobre y buen muchacho se arrancaba el cabello, se precipitaba contra las bayonetas. Se habría suicidado, si no le hubieran detenido.

Si todas las clases se codeaban en la más hermosa feria de París, atraídas por el placer, todas las clases estaban también allí, juntas, enfrente de la horrible desgracia : los jugadores tenaces, clientes asiduos de la barraca del Rey, los caballeros, las princesas, ávidas de asistir á las brillantes lecciones dadas por la señorita de Flamberge ; en fin, los hidalgos de poco pelo, los horteras, los humildes aficionados encargados de la exhibición tan poco costosa del buen hombre Lanlire. Era la igualdad tal como solamente puede existir en un sueño.